

## Algunos motivos sobre la dignidad de la pobreza

Luis Alberto Henríquez

Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

En un excelente ensayo sobre el *Amor* escrito por el autor italiano Rolando Camozzi (*Aproximaciones al amor*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1980, 180 pp.) aparece una cita del para muchos controvertido sacerdote y genial poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, en la que éste, a quien debemos últimamente una obra tan magistral como *Cántico Cósmico*, reclama nuestra atención sobre lo que él denomina la «dignidad de los materiales naturales y de la pobreza frente a la riqueza». Ya se sabe, como materiales naturales el cuero, la piel, el barro, la madera, la piedra...

Estoy plenamente de acuerdo con él, con esa sensibilidad suya. En efecto, las fibras, los tejidos y materiales naturales suscitan en nuestro espíritu, no se sabe muy bien por qué ocultas conjunciones emocionales, la impresión de acercarnos a través de ellos a la tierra de la que procedemos, tal vez por aquello tan conocido de que «polvo somos y en polvo habremos de convertirnos». Es la impresión de acercarnos a nuestros ancestros, a la naturaleza de la que somos el ser superior –dicho esto con el permiso de los ecologistas *terra-centrista-naturalistas*–, a una vida toda llena de singulares y atávicas relaciones de identificación con el medio natural. Por eso seguramente en las celebraciones y fiestas de mayor raigambre popular el acto de ponernos las típicas y tradicionales vestimentas, el rústico calzado de

siempre, el empuñar aunque sea brevemente los aperos de labranza, etc., es algo con frecuencia más allá de lo meramente folklórico o accidental, pues ciertamente algo dulce, ameno y hondo sucede en nuestro espíritu, creemos se produce en nuestro interior: como si éste, de repente, volviese a sus raíces, a sentirse cómodo con algún estado antiguo que le es muy familiar por naturaleza, de suyo. Sin miedo a exagerar cabría que afirmáramos que en tales situaciones, desde esa «dignidad de los materiales naturales» de que habla Ernesto Cardenal, nos sentimos más en sintonía con la *memoria viva de nuestros ancestros y antepasados*. Claro que también puede ser algo absolutamente folklórico, pero no es menos cierto que también puede que no se limite sólo a eso, y esto último es lo que importa.

Sin embargo, todo lo expuesto en el párrafo precedente no quiere en modo alguno limitarse a ser una pequeña reflexión sólo nostálgica, en la línea evasiva de las del tipo «cualquiera tiempo pasado fue mejor» como insinúan algunas de las más conocidas coplas de Jorge Manrique (*Coplas por la muerte de su padre, Don Rodrigo Manrique*). El *leitmotiv* del presente artículo es otro, o mejor, son dos. Uno, el lamentar, desde la ya señalada y secular *dignidad de los materiales naturales*, la «uniformización» a que son sometidas las nuevas generaciones de adolescentes y jóve-

nes, especialmente, con la actual invasión de las modas pasajeras y alienantes, con la fiebre contagiosa por las zapatillas deportivas de marcas multinacionales (algunas de ellas, muy conocidas, causantes de la esclavitud de millones de niños sobre todo en Asia), con ropas y peinados y rapados de marcas, modas y estilos claramente nacidos de la cultura *consumista* de nuestros días. Aunque vengan hechas –¿cómo no decirlo?– esas mismas prendas universalizadas con «materiales naturales» robados a los países empobrecidos. El otro motivo, el observar cómo el mayor empobrecimiento actual del *Sur* coincide –y no precisamente por azar– con el desinterés que ya hace tiempo vienen mostrando los países ricos –enriquecidos a costa de otros– por las materias primas naturales procedentes de los países del Tercer Mundo. O lo que viene a ser lo mismo: al robo secular de éstas ahora se añade, en el colmo del *neoliberalismo* silenciado antes desde la *izquierda* (¿?) por el PSOE, y ahora desde la *derecha* por el PP, el desprecio de productos naturales como el algodón, el caucho, el azúcar..., sustituidos por derivados sintéticos, más baratos.

De ahí que ante la panorámica reflejada en el párrafo anterior, la hermosa reivindicación de Ernesto Cardenal se sienta ahora, de repente, un tanto agridulce. Pero por hermosa y verdadera sería oportuno cerrar la presente reflexión con



ella, en la confianza de que vayamos aplicando a nuestras vidas su reivindicación de la sencillez y naturalidad frente a tanta saturación de marcas como padecemos, de modas despersonalizadoras, de artificiosidad generalizada y de progresiva pérdida de los motivos y razones de la propia identidad, personal y colectiva, y frente a la uniformización a que nos somete el *neoliberalismo*. Ciertamente, como esa uniformización supone sobre todo el secuestro de nuestras conciencias, que quedan así *coloniza-*

*das* (o neocolonizadas), más la recién aludida pérdida de la identidad y la *cosificación* de nuestro ser a impulsos del afán de tener, qué mejor que acabar la presente reflexión con las bellas palabras que nos dice el poeta: «La pobreza también es la verdad mientras que las riquezas son disfraces. Nos revestimos de cosas exteriores a nuestro ser, para disimular la pobreza de nuestro ser. Falsedad y riqueza son sinónimos. La riqueza es también una falsificación de la autenticidad original de los materia-

les naturales, un revestimiento de la desnudez material de los seres, un fraude de las cosas. Hay un resplandor en las cosas pobres que es un resplandor de lo real... Ese resplandor que tienen las cosas pobres –de barro, de paja, de tela burda, de madera sin pintar: lo basto, lo áspero, lo tosco, lo rústico– es el de la desnudez de la materia, es como el resplandor que tiene un cuerpo desnudo» (E. Cardenal, *Vida en el amor*, Salamanca, 1979, p. 109).